

Metafísica de la Palabra. El problema del lenguaje en el pensamiento de Nicolás de Cusa (1401-1464)

JOSÉ GONZÁLEZ RÍOS*

Universidad de Buenos Aires – CONICET

Directora de tesis: Dra. Claudia D'Amico

Codirector de tesis: Dr. Klaus Reinhardt

Si bien el Cusano (1401-1464) no hizo del lenguaje el objeto de su especulación, y en virtud de ello no formuló una filosofía sistemática del lenguaje, con todo, no por ello deja de ser lícita la tentativa de indagar su pensamiento a partir de las varias y fecundas consideraciones que él mismo diseminó en diversos lugares de su obra en torno de la *función del lenguaje* en su sistema de pensamiento, y en virtud de ello componer o bien re-componer una *teoría cusana del lenguaje*, tal como he intentado en la Tesis doctoral, cuya estructura resumo a continuación.

En la primera parte de la Tesis, quise mostrar que una *teoría cusana del lenguaje* debía buscar su fundamento último en la doctrina teológico-metafísica del *Lógos* o *Verbum* que Nicolás de Cusa despliega en la totalidad de su obra, desde su sermón “*In principio erat Verbum*” (1428/30) en adelante. Pues en ella el principio primero es concebido como una Palabra absoluta [*verbum absolutum*] y eterna en la que él mismo se concibe a sí mismo y a todo.

En segundo lugar, mostré que de la concepción de la Palabra infinita [*verbum infinitum*] como un dinámico principio productivo uni-trino en el que el principio mismo se nombra o pronuncia a sí mismo y a todo, se desprende una metafísica de la mente humana [*humana mens*], que el Cusano formula por primera vez de modo sistemático en los dos libros del *De coniecturis* (J. Koch 1442; R. Haubst 1443; P. Wilpert 1445). Pues la mente humana, en tanto una viva imagen de la divina [*viva imago Dei*], se entiende a sí misma, a su vez, como un dinámico principio productivo uni-trino que despliega a partir de su propia fuerza un universo conjetural o bien simbólico. Y es preci-

* Tesis defendida el 23 de abril de 2010. Miembros del jurado: Dra. Graciela Marcos, Dra. Eleonora Orlando y Dr. Antonio Tursi.

samente a través de esa explicación suya que tiende a alcanzar una comprensión conjetural o bien simbólica de sí misma y de su principio. De aquí que ella misma no pueda conocerse a no ser que se revele, manifieste o comunique en un simultáneo y circular movimiento de descenso y ascenso.

De allí que haya querido indicar, en tercer lugar, que esta revelación simbólica de la mente tiene lugar por medio de las palabras que son pronunciadas y, de modo más remoto, escritas (pues el Cusano es heredero de una prolongada tradición que ha ponderado la fuerza de la palabra hablada respecto de la escrita). De aquí la *función sistemática del lenguaje* en el pensamiento cusano. Pues el *concebir* en el cual la mente se *concibe* a sí misma es la palabra en la que ella se revela, manifiesta o comunica. Por medio de la palabra la mente se conoce a sí misma, al modo como el principio se concibe y entiende a sí mismo en su Palabra.

La palabra se descubre así como un *paradigma simbólico* privilegiado para la reflexión que Nicolás de Cusa lleva adelante no solo en torno de la naturaleza de la mente humana sino también de la comprensión que el principio primero tiene de sí mismo y de todo en su *Lógos*, el cual se ha hecho carne en Cristo, tal como reza el versículo de *Ioh. I. 14* “*Verbum caro factum est*”. En este sentido, el Cusano ha establecido una *analogía de proporción* entre el dinamismo productivo del Verbo divino y el de la mente humana. El Verbo divino se explica en el mundo así como la mente humana se despliega en el lenguaje. El despliegue divino de lo real o mundo revela al autor como el lenguaje a la mente. Y así como el mundo es la vía de acceso al creador, toda vez que vuelve visible lo invisible, el lenguaje es la vía de acceso a la mente. Pues el hablar y, de modo más remoto el escribir, tienen siempre un carácter activo, y, por tanto, conllevan la autocomprensión de la mente por medio de su despliegue visible. Así como la producción de la mente humana por medio de los lenguajes se expresa en signos artificiales, la del Verbo divino se expresa en *signos naturales*, a los que damos el nombre de despliegue divino de lo real o mundo. De aquí que la palabra –como fruto de la *actividad creadora* de la mente– sea símbolo por antonomasia de la actividad creadora divina. Esto le ha permitido a Donald Duclow afirmar que la antropología cusana, y en ella su metafísica de la mente humana, tienen un carácter profundamente verbal.

En cuarto lugar, puse de manifiesto que una de las funciones sistemáticas primordiales del lenguaje en una *teoría cusana del lenguaje* guarda relación con la imposición de nombres [*nomen*] o palabras [*vocabulum* o *verbum*], los cuales, a su entender, son instituidos o bien impuestos por un movimiento de la razón, tal como desde *De docta ignorantia* en adelante sostiene el Cusano.

Aquí traté la valoración que Nicolás de Cusa realiza de la *lingua adámica* en diversos textos, como el *De genesi* (1447), *De venatione sapientiae* (1463) y el *Compendium* (1463), en ocasión del tratamiento de la imposición de nombres. En ese punto resultó interesante subrayar cómo la doctrina metafísica de la *complicatio-explicatio* (paradigma para esclarecer la relación entre Dios y el mundo y entre la mente humana y el mundo conjetural o simbólico) es recogida también por el Cusano a la hora de esclarecer la relación entre los distintos lenguajes y una suerte de lengua primordial. Así, los diversos signos de los distintos lenguajes aparecen como las “explicaciones” [*explicatio*] de ese “complicante” adámico arte o ciencia primera del decir, que complicó todos los signos de todos los lenguajes que luego fueron diferenciados y confundidos. La fuerza de la lengua adámica, tal como lo expresa el Cusano siguiendo el testimonio de las *Escrituras*, radica en que los vocablos fueron impuestos por un movimiento de la razón a las cosas por aquel Primer Padre en su inefable monogenética proto-lengua. A partir de ello es que presentamos la valoración cusana según la cual todos los nombres que son impuestos a partir de él son pasibles de un más y de un menos, y, por tanto, sean todos igualmente inconvenientes para significar con precisión lo real.

Ahora bien, si las consideraciones cusanas en torno del problema del lenguaje, como dijimos, se encuentran íntimamente vinculadas con el problema de la concepción dinámica del principio primero y de su viva imagen, la mente humana, no extraña que su preocupación se haya concentrado en gran medida en la elaboración de términos en los que se exprese de modo conjetural aquel dinamismo productivo del Verbo divino. Ese es el esfuerzo del Cusano al buscar dinamizar el lenguaje a través de los *nombres enigmáticos*, a los cuales destiné la segunda parte de la Tesis doctoral.

Señalé allí que en reiteradas oportunidades Nicolás de Cusa consideró que con determinado *nombre enigmático* había alcanzado un modo más claro o bien menos inadecuado de significar el dinamismo productivo del Nombre absoluto o Verbo divino. Sin embargo, a través del tratamiento de los diversos nombres mostré que esa mayor adecuación guarda relación en cada caso con la particular perspectiva bajo la cual Aquel es concebido intelectualmente. En virtud de ello consideré que no es lícito trazar una evolución [*Entwicklung*] en los modos cusanos de significar al Nombre absoluto a través de los distintos *nombres enigmáticos*, no sólo porque todos ellos son igualmente conjeturales sino también porque cada uno de ellos resulta el más adecuado o el más conveniente según la perspectiva que cada uno de ellos adopta. Por eso, cuando Nicolás de Cusa quiere hacer visible la consideración del principio como coincidencia de opuestos [*coincidentia oppositorum*]

en *De docta ignorantia* (1440), el nombre enigmático “*maximum et minimum absolutum*” resulta el vocablo más conveniente. Cuando trata sobre lo divino concebido como el principio absoluto de identidad y diferencia en el diálogo *De genesi* (1447) a partir del texto escriturario de David (*Ps.* 101, 26-8), el nombre enigmático “*idem absolutum*” se descubre como el más promisorio. Cuando lo concibe como el principio de la coincidencia de acto y potencia en lo absoluto, acuña, forzando la lengua y llevándola hasta sus límites, el neologismo “*possest*” en el triálogo *De possest* (1460). Cuando quiere hacer visible la potencia absoluta del principio, utiliza en sus últimas obras, tanto en el *Compendium* (1463) como en el *De apice theoriae* (1464), el término “*posse ipsum*”, al que sí, ciertamente, considera más adecuado que el “*possest*”, toda vez que a través de él profundiza en la perspectiva que había transitado con aquel. Del mismo modo, el enigma de “*non aliud*” también es puesto por Nicolás de Cusa mismo por encima de los otros términos. Sin embargo, resulta un nombre mejor que aquel y que otros para la captación intelectual del principio primero en su dinamismo productivo, en tanto es concebido como la definición que a todo y a sí misma define. Desde este punto de vista, la fuerza significativa del “*non aliud*” como un enigma más preciso o bien más precioso radica en que para el Cusano es el único *nombre enigmático* que se define a sí mismo y a todo por medio de sí mismo.

De aquí que en la hermenéutica cusana de los *nombres enigmáticos* se muestra simbólicamente no solo la potencia de una Palabra en la que el principio primero, en tanto un principio intelectual, se entiende, representa y nombra a sí mismo y a todo, sino también la potencia de las palabras temporales y finitas que tienden hacia ella, precisamente por ser signos de las imágenes temporales (las mentes humanas) de aquella primera y eterna imagen que el principio primero tiene de sí mismo en su Verbo o Nombre. Por ello, aunque estas en sus variadas representaciones sean limitadas, dado que siempre son expresiones temporales y finitas de lo eterno e infinito, sin embargo son fuertes en tanto expresan de modo plural al Verbo o Nombre divino del que todo procede.

En virtud de todo ello es que busqué en la tesis doctoral, por medio de estos elementos, recuperar el pensamiento de Nicolás de Cusa a partir del problema del lenguaje, como un foco a través del cual iluminar su sistema de pensamiento.